

CAPITULO XV.

**Estado de la Europa á la subida de Felipe II al trono.--
Se declara Paulo IV contra Felipe II.--Pasa el duque de
Alba á gobernar á Nápoles.--Ruptura de hostilidades.--
Invaden las tropas españolas los estados pontificios.**

Se hallaba Felipe II en los 29 años empezados de su edad, cuando por la renuncia de su padre, se vió el primer soberano de la Europa. No heredaba la corona imperial; mas esta brillante dignidad, no era en mil ocasiones verdadero poder, y por la proximidad de los turcos acarrea mas peligros y embarazos que provecho. Sin contar con Inglaterra de que no era mas que un monarca nominal, se veía dueño de España, de los Países-Bajos, del franco condado, del ducado de Milan, de Sicilia, de Nápoles, de Cerdeña, y del inmenso y opulento imperio que las armas y la audacia de unos pocos aventureros habian dado á Castilla en el nuevo continente. Con razon se decia que el sol no se ponía nunca en los estados de este príncipe.

Era Felipe nuevo rey, mas no nuevo gobernante; pues casi desde su infancia se habia familiarizado con los negocios y debia de conocer los hombres y las cosas. No era menos necesaria una personal capacidad de gobierno para el hijo, que lo habia sido para el padre, hallándose la Europa tan agitada sin dar muestras de mas tranquilidad que bajo el reinado del último monarca. Mandaba en Francia Enrique II, heredero de la enemiga de su padre hácia la casa de Austria. Una tregua acababa de suspender las hostilidades con el emperador, mas solo el cansancio y no un deseo de paz habian dictado esta medida. El calvinismo que en el reinado del anterior monarca no pasaba en aquel país de una secta obscura, se habia difundido por varias provincias, y era la religion de muchos señores de gran preponderancia, en

tre los que se contaban hasta príncipes de la sangre. Estaba Inglaterra regida por María, esposa de Felipe, sin que las persecuciones y rigor ejercidos contra los enemigos de la fé católica restituyesen al país la tranquilidad, y mucho menos la unidad de creencias que se apetecía. Era la reina odiada por mas de la mitad de la nacion que la designaba con el título de sanguinaria y la irritacion que en ella producía el desvío de Felipe, aumentaba la severidad de todas sus disposiciones. En Escocia continuaba la Regencia de María de Lorena, ejercida en nombre de la Reina María Stuarda que continuaba en París en visperas de ser enlazada con el primogénito de Enrique. Al frente del imperio de Alemania iba á ponerse definitivamente el rey de los romanos Fernando, habiendo por fin enviado desde España el emperador su acto de renuncia. Habian concebido los príncipes luteranos sospechas de que se trataba de falsear el tratado de Passau, al abrigo del cual vivian tranquilos; mas tuvo la habilidad el rey de los romanos de disipar sus inquietudes, habiéndose confirmado en una dieta celebrada en Augsburgo en 1555 las disposiciones del tratado, con lo que permanecía el país sin aparentes turbulencias. Continuaba en el trono de Suecia Gustavo, fundador de la nueva dinastía. Habia subido al de Dinamarca Cristiano III, sucesor del duque de Mostein que habia espelido al rey Cristierno. Reinaba en Polonia Segismundo Augusto, y en Portugal don Juan III, sucesor de don Manuel, que introdujo la inquisicion en aquel reino. En 1554 habia bajado al sepulcro el papa Julio III, sucesor de Paulo III; y á la muerte de Marcelo II que reinó solos veinte y dos dias, fué exaltado al trono pontificio Paulo IV, de quien haremos mas mencion en adelante. En cuanto á Italia, merece mencion particular por la variedad de estados de que se compone y las relaciones é influencia que ejerció en ellos Carlos V. Ya hemos visto como en el reinado de este emperador fueron para siempre espelidos del Milanésado y de Nápoles los franceses que alegaban derechos á los dos países. A la muerte en 1556 sin hijos varones,

de Francisco Sforza, duque de Milan, se hizo Carlos V dueño y soberano del estado, que como feudo imperial debería de quedar anejo á la corona del imperio, mas que á pesar de esto hizo parte de la magnífica herencia de Felipe. Era, pues, dueño de Milan, de Nápoles y de Sicilia, y esta circunstancia por precision le habia de dar gran influencia entre los otros soberanos de la Italia. Venecia que se habia mostrado, cuando contraria, cuando favorable, á los intereses del emperador, se hallaba en un estado de neutralidad á la subida al trono de su hijo. Continuaba Génova bajo el poder y grande influencia de los Doria, amigos y servidores siempre de la casa de Austria. En 1547 habia abortado en aquel pais la conspiracion de Fieschi, promovida secretamente por Francia y por Pedro Luis Farnesio, duque de Parma, hijo de Paulo III; mas no fué esta llamarada mas que de un momento, habiendo perecido el jefe de la conspiracion por un accidente inesperado. Octavio, hijo y sucesor del duque de Parma, continuó sus tratos con Francia y fué inducido á recibir en su pais tropas de Enrique II; mas fué descubierto el plan por el emperador y el papa, quienes le declararon la guerra y le hubiesen despojado de sus estados á no haber el príncipe alcanzado su perdon, casándose con Margarita, hija natural de Carlos V.

En cuanto á Florencia, ya hemos visto que por los años de 1530, habia pasado del estado republicano á la dominacion de los Médicis, que al principio tomaron el título de duques de Florencia, y en seguida el de grandes duques de Toscana. Una de las operaciones de los franceses durante la última guerra que hemos mencionado, fué la invasion y ocupacion de Sena, y con este motivo se apoderaron de algunos otros puntos de la Toscana y el Genovesado; mas de dicha plaza fueron espelidos, despues de un sitio muy tenaz, por las armas de Carlos V y el duque de Florencia. A la subida, pues, de Felipe al trono, tenia por amigas en Italia á Génova y Florencia: por poco amigos y contrarios á Parma, Módena y Ferrara.

Tal era la situacion de Europa al inaugurar Felipe su reinado. No puede menos de abrazar su historia la de casi todos los estados de que esta parte del mundo se compone. No es muy fácil, pues, trazarla con claridad, con método, sin que resulten confusiones. No es posible observar siempre con exactitud el orden cronológico, una de las grandes condiciones de la historia, cuando sucesos contemporáneos que pasan en diversas partes no tienen ninguna conexion ni enlace. Tampoco se puede ni se debe dar al relato de todos igual grado de extension, porque no son igualmente interesantes. Todo esto lo tendremos presente en nuestra narrativa. No escribiremos anales de lo que ocurría al mismo tiempo en todas partes, sino que pasaremos de un pais ó de un asunto á otro, de modo que la atencion no se fije al mismo tiempo en cosas muy heterogéneas. Asi dejaremos por ahora á España, volviendo á ella cuando lo verifique don Felipe, á quien graves negocios detenian en los Países-Bajos.

Uno de los actos del reinado de Felipe fué la confirmacion de la regencia de España en favor de la infanta doña Juana. Dió á Filiberto de Saboya el gobierno de los Países-Bajos, y le confirió el título de consejero de Estado, del mismo modo que al duque de Alba, á don Francisco Gonzaga, al obispo de Arrás, al príncipe Andres Doria, á don Juan Manrique de Lara, á don Antonio Toledo, prior de Leon, á Ruy Gomez de Silva, príncipe de Eboli, al conde de Chinchon, á don Bernardino de Mendoza, á don Gutierre Lopez de Padilla, al duque de Feria, y poco despues al regente Figueroa. Nombró embajador en Alemania á don Claudio Vigil de Quiñones, conde de Luna, y confirmando en el de Venecia á Francisco de Vargas Mejía. De los cambios que hizo en el personal por lo tocante á España, hablaremos á su debido tiempo.

La tregua ajustada un año hacia entre el emperador y el rey de Francia, se renovó y confirmó entre éste y Felipe en Cambray en febrero de 1556, asistiendo en

nombre del último Lalaing, gobernador de Haynalt, Simon Reynardo y Carlos Tinsanc, juristas del consejo, y Juan Bautista Escherzo Cremonés, regente de Milán. Por la parte de Francia asistieron el almirante Coligny, gobernador de Picardía, Sebastian d'Aubepine, del consejo y secretario de Estado, y los abades de Bossen-Fontaine y San Martin; mas esta tregua iba á ser muy corta.

1556. Es un rasgo singular en el reinado de Felipe II, de un monarca tan católico, tan adicto á la sede pontificia, tan hijo obediente de la iglesia, que su primera guerra hubiese sido con el papa y provocada por este padre de los fieles; mas asi es la verdad pura. Fué exaltado, como hemos dicho, á la tiara Paulo IV (Pedro Carraffa) por la faccion francesa á despecho de la austriaca, con cuyo motivo concibió un odio al emperador y á Felipe que influyó en toda su política. La historia pinta á este pontifice como hombre de pasiones muy fogosas y violentas en medio de lo sumamente avanzado de sus años, y sobre todo altamente imbuido de las ideas de la omnipotencia de la Santa Sede. No se atribuía tanto á sus propios sentimientos esta enemistad hácia los príncipes austriacos como á las intrigas y á la ambicion de su sobrino el cardenal Carraffa, que se creía ofendido del emperador por lo poco gratos que le habian sido sus servicios. El primer paso del pontifice fué solicitar una alianza con Francia, que entró gustosa en estos tratos y atizó el odio del papa, en medio de estar él mismo ocupado en el ajuste de una tregua con sus enemigos.

Muy singular parece que el rey de Francia se ocupase á la vez de dos asuntos tan contradictorios; mas tal es la verdad confesada por los historiadores franceses, y tal la buena fé que reina en las negociaciones diplomáticas. Halagaba mucho á Enrique la idea sugerida por Paulo IV de recibir la investidura de Milan y de Nápoles para sus dos hijos. Combatió vivamente el mariscal de Montmorency este proyecto de liga: la apoyó fuertemente el

partido de los Guisas. Estos Guisas, de quienes se hace mencion tantas veces en la historia, eran príncipes de la casa de Lorena. Fué el uno Francisco, duque de Guisa, famoso capitán que se habia distinguido en la defensa de Metz; el otro fué eclesiástico y cardenal, conocido con el nombre de cardenal de Lorena. Maria de Lorena, reina viuda de Escocia y madre de Maria Estuarda, era hermana de estos príncipes; mas á pesar de que era entonces el preponderante, se firmó la tregua antes que el tratado de alianza con el papa, lo que le puso muy furioso y le hizo enviar á su sobrino el cardenal á exponer sus quejas y hacer presentes sus apuros si la tregua se llevaba á efecto. No fué difícil al cardenal Carraffa remover los escrúpulos del rey acerca de la observancia de la tregua, pues ademas de que la liga con el papa estaba en sus ideas, supo mover el legado en su córte resortes poderosos que echaron abajo los planes de Montmorency, fomentando el de los Guisas. Favorecido ademas con un breve de absolucion por el pontifice, rompió Enrique virtualmente la tregua con el rey de España, prometiendo al papa tropas que se pusieron en efecto en movimiento. Paulo IV entró en negociaciones con el mismo objeto con los duques de Parma y de Ferrara, indisponiéndolos contra el rey de España. Privó á éste del subsidio de cruzada de que gozaban sus antecesores en España con motivo ó pretexto de la guerra contra los infieles, envió guarniciones á las plazas confinantes con el reino de Nápoles, y no omitió medio alguno de mostrar su hostilidad al rey de España. Su embajador en Roma, Garcilaso de la Vega, que manifestaba al duque de Alba el peligro que corria el reino de Nápoles, en una carta interceptada, fué por orden del pontifice preso en el castillo de Saint Angelo. Allí encerró asimismo al cardenal Santafiore y otros que se oponian á su política hostil con el rey de España. A los Colonnas, que pasaban por amigos de este príncipe, escomulgó, privando á Marco Antonio, jefe de la familia del ducado de Paliano. Y

para coronar todos estos actos de animosidad, declaró en pleno consistorio al rey Felipe decaído de su derecho al reino de Nápoles, como infractor de los juramentos que á su predecesor habia hecho el monarca feudatario.

Ya habia consultado el rey, antes de llegar las cosas á esta extremidad, con sus teólogos mas graves si le era permitido en vista de tales agravios hacer armas contra el papa. Los teólogos le respondieron que debia emplear antes todos los medios de la negociacion, de la sumision y de la súplica, y que solo en el caso de apurarse le podria ser licito acudir á su defensa personal tomando armas contra el pontífice que injustamente le atacaba. Con esta especie de resguardo, dando el rey de España por apurados todos los medios de conciliacion, se pensó en hostilidades, y envió de virey á Nápoles al duque de Alba, que habia ya bajado á Milan de orden del emperador, nombrándole generalísimo de sus tropas en Italia.

Pasaba á la sazón don Fernando Alvarez de Toledo, duque de Alba, por el primer general que tenia España. Desde muy jóven comenzó á distinguirse en los ejércitos de Italia. Mandaba un cuerpo ó division que en 1536 puso cerco á Marsella: estuvo á la cabeza de las tropas imperiales en la batalla de Muhlberg, y cuando el sitio de Metz sirvió asimismo como general en jefe bajo las órdenes de Carlos V. Era un hombre de guerra activo, valeroso, inteligente, y como jefe muy duro y muy severo. Aunque se hizo famoso en el reinado del padre, creció mucho, como veremos, su nombre en el del hijo.

Ya era pública la liga del papa y de la Francia. Ya se estaban esperando en Ostia tropas que este último habia prometido, y preparando en Roma cuarteles para recibir las. Estaba como rota la tregua entre Francia y España, aunque no denunciadas las hostilidades entre las dos potencias. Reunía el duque de Alba como activo y previsor, en el reino de Nápoles y frontera de los estados de la Iglesia sus tropas, que se componian de 4,000 españoles, 8,000 italianos, 300 hombres de

armas, 500 caballos, y 12 piezas de artillería. Mandaba la infantería española su hijo don García de Toledo, y el maestre de campo Sancho Mardoñes; la infantería italiana Vespasiano Gonzaga: los hombres de armas Marco Antonio Colonna; la caballería el duque de Popoli, y de la artillería estaba encargado Bernardo de Aldana. (1)

No quiso el duque romper las hostilidades hasta tener respuesta del pontífice, á quien envió de emisario al príncipe de S. Valentino, quejándose en nombre del rey don Felipe de las medidas hostiles del pontífice; de su liga con Francia; de la prision contra el derecho de gentes de Garcilaso de la Vega; de su aproximacion de tropas á la frontera de Nápoles, y sobre todo de su declaracion en el consistorio, del decaimiento del rey de sus derechos á este estado. Al mismo tiempo exhortaba á su Santidad á remover por medios mas pacíficos los horrores de una guerra inminente, y que era inevitable, mientras no diese á su amo una satisfaccion debida. Tardó algun tiempo el pontífice en contestar, y al fin dió una respuesta evasiva con objeto de ganar el tiempo necesario para la llegada de las tropas de Francia que aguardaba (2). Mas el duque de Alba que lo comprendió muy bien, no quiso perder la ventaja de ganarle por la mano y rompió las hostilidades entrándose con sus tropas por el territorio de la iglesia. Como las fronteras de los estados pontificios no estaban bien guardadas, fué fácil al duque de Alba apoderarse de los puntos de Veruli, Banco, Terracina y los demas pueblos de sus inmediaciones. Inmediatamente pasó á Agnario defendida por 800 hombres; mas viéndose es-

(1) Los principales hechos de esta corta guerra de Italia estan consignados con poca diferencia en todos los historiadores de la época; Cabrera, Ferreras, Leti, Miñana, Deniel, Meseray, Anquetil, etc.

(2) Algunos historiadores dicen que respondió con altivez; mas hallándose entonces tan desprevenido y en visperas de verse reforzado, es mas natural que hubiese observado la política que indica el testo.

tos en la imposibilidad de defenderse, se retiraron hácia Tiboli, dejando franca la entrada de la plaza, que fué saqueada por las tropas de Alba.

Llenaron estas noticias á Roma de terror y Paulo IV envió con toda precipitacion por las tropas que se hallaban en la Umbria compuesta de 300 alemanes, 1000 gascones, y 7000 hombres mandados por Alejandro Colonna. No creyendo suficiente este refuerzo para la defensa de la capital, suplicaron los cardenales al pontífice, conjurase aquella tempestad entrando en ajuste con el duque de Alba. Propuso el papa al efecto al español una conferencia con el cardenal Carraffa para la renovacion de las relaciones amistosas. Accedió el duque; mas no habiendo encontrado al cardenal en Gruta-Ferrara, sitio de la cita, y aguardándole allí en vano cuatro dias, calculó que solo se trataba de ganar tiempo para la llegada de los franceses; y así renovó las hostilidades apoderándose de Vahuontone, de Palestrina, de Segui y de Tiboli, al mismo tiempo que Vespasiano Colonna Gonzaga entraba por capitulacion en Vicóvaro.

El papa que se veia cada vez mas estrechado, apuraba al rey de Francia á que le enviase los socorros ofrecidos, y buscaba enemigos contra el rey de España entre los príncipes de Italia: mas á escepcion del duque de Ferrara, ninguno abrazó los intereses del pontífice. Supo el rey de España conciliarse la benevolencia y asegurar la amistad del duque de Florencia, concediéndole la posesion de Sena, y del de Parma dispensándole favores no menos importantes.

Para distraer la atencion del duque de Alba, dispuso Paulo IV que algunas tropas que se hallaban en la Marca de Ancona, hiciesen una incursion en los Abruzzos. La expedicion se realizó en efecto mandada por Antonio, marqués de Montebello, sobrino del pontífice, y no dejó de hacer daños considerables en aquel pais; mas su gobernador con un refuerzo que le habia enviado á tiempo el duque de Alba, salió á buscar á los del papa, los des-

trozó, haciéndoles volver al punto de Ascoli de donde habian salido.

Mientras tanto tomaba el duque de Alba á Frascati, á Ripa del papa, á Albano con sus pueblos circunvecinos, concluyendo su expedicion con la entrada por asalto de Ostia. Aqui se ajustó una tregua de 40 dias; y el general español dejando bien guarnecidos los puntos fuertes que acababa de tomar, aprovechó este tiempo marchando á Nápoles donde se preparó para la próxima Campaña. Esta tregua enmedio de las grandes ventajas que llevaba el duque de Alba conseguidas, parece una falta militar; mas hay que tener presente que el rey de España hacia esta guerra el papa con grande repugnancia suya, y que probablemente el general participaba de los sentimientos del monarca.

CAPITULO XVI.

Entrada de los franceses en Italia.-Se rompe la tregua entre Francia y España.-Preparativos de Felipe II.-Su viaje á Inglaterra.-Continúa la campaña del duque de Alba.-Paz con el papa.

LLEGÓ por fin el dia de la entrada de las tropas francesas en Italia, tan ansiado por el papa. Mandaba la expedicion el duque de Guisa que tanto se habia distinguido defendiendo la plaza de Metz contra el mismo Carlos V; y bajo sus órdenes se hallaba el duque de Aumale, el de Nemours, con otros principales señores y capitanes de aquel reino que por la gloria de servir en su bandera se presentaron sin mas carácter que el de aventureros. Al acercarse al Milanesado se trató entre ellos si seria conveniente apoderarse de aquel territorio á la sazón mal guarnecido por hallarse sus tropas en el ejército del duque de Alba. Era demasiado tentadora la idea para que no la aprobase el duque de Guisa; mas se veia contrariado por esta parte por sus instrucciones de unirse con las tropas del pontífice y dirigirse á Nápoles. El Rey de Fran-